

Mas nadie entienda que los marineros  
En su falso viaje no han hallado  
Mas que estos cuatro espíritus ligeros,  
Que treinta y dos la aguja ha señalado  
De navegar; con que los senos fieros  
Rompe el bajel mas flaco al Ponto hinchado,  
Y tantos son cuantas exhalaciones  
Suben del sutil aire á las regiones.

Pero aunque en tantas partes se divida  
Este escuadron, cada uno fuerza tanta  
Tiene, que arranca sin que se le impida,  
Cuando se enoja, á la mas dura planta;  
Suspirando con rabia embrevada,  
A veces hasta el cielo el mar levanta,  
Y desde el bajo Polo á la Bocina  
Las naves mas cargadas avecina.

Con atrevida furia confiados  
En los mudables vientos los cosarios,  
Si es que pueden estar asegurados  
Por ventura en sus ánimos voltarios,  
Con los débiles vasos, fomentados  
De sus soplos, asaltan temerarios  
Las torres de alto borde, y de las ondas  
Bajar las hacen á las cuevas hondas.

Mas el eterno Eolo, á quien toca  
Dar con su aliento vida á tierra y cielo,  
Las alas les ató en la negra roca,  
Movido con piadoso y justo celo;  
Cuando en defensa de la armada loca,  
En el Lepanto sacudían el vuelo,  
Adonde del concorde cristianismo  
Fue roto el otomano paganismo.

Luego que el Criador omnipotente  
Las bocas les cerró, y de todo punto  
Sus campos allanó el mar inclemente,  
Ya reservados para el triste punto;  
Con orden militar y conveniente,  
De las escuadras todo el poder junto  
De Carlos el invicto hijo reparte,  
Y contra la turquesca gente parte.

Con los remos y proas azotadas,  
En blanca espuma el húmido elemento  
Vuelven las fortalezas fabricadas  
Sobre el inquieto y fluctuoso asiento;  
Y tanto las grandezas torreadas  
Se levantan en alto sobre el viento,  
Que parecen las cicladas redondas  
Que arrancadas sulcando van las ondas.

El enemigo ejército guiaba,  
Dispuesto en forma de menguante luna,  
Su gran poder, en que pronosticaba  
Que iba menguando su cruel fortuna;  
Como la misma Cintia cuando daba  
Luz sin menguar su rostro en parte alguna,  
Y después pierde de la vista cara,  
Hecha una corva hoz la virtud clara.

Puesto en frente el infiel campo otomano  
Del nuestro, apenas del combate duro  
Dando señal, salió del bronce vano  
El ronco trueno por el aire oscuro;  
Cuando rompiendo el escuadron cristiano  
Los extendidos valles del mar puro,  
En las armadas huestes del contrario  
Embiste con denuedo temerario.

Unos se alegran viendo en corto estrecho  
O en extendido y descubierta llano  
Al caballo andaluz herirse el pecho  
Con el hierro de la una y otra mano;  
Y ya al siniestro lado, ya al derecho,  
Volver al son del instrumento vano;  
Y como el mar ondea bajo y alto,  
Tras el doblado paso dar el salto.

Salen bramando por los huecos caños  
De los tiros las balas abrasadas,  
Haciendo mas inremediables daños  
En las naciones de Levante airadas,  
Que no las nubes cuando en tristes años  
De impetuosa tempestad cargadas,  
De los senos granizo derramando,  
Van las doradas mieses derribando.

Con la niebla que en alto el fuego envía  
De negro humo, el cielo fué perdiendo  
La clara vista, y al sereno día  
Volvió en tinieblas el nublado horrendo;  
En las cavernas de la rueda fria  
Alborotada del terrible estruendo,  
Los espantosos ecos retumbaban,  
Que las llamas con impetu causaban.

A cada paso los cerrados pechos  
Abriendo el Ponto, heridos y azotados,  
Da, todo vuelto en sangre, en sus estrechos  
Sepultura á los cuerpos destroncados;  
Que con las balas rotos y deshechos  
De los metales fuertes y colados,  
Sin número caían de la popas,  
Y de las proas en espesas tropas.

Mas no por eso la sangrienta guerra  
Sobre las ondas oprimidas cesa,  
Que con las corvas áncoras aferra  
La nuestra en la enemiga armada gruesa;  
El uno con el otro bajel cierra,  
Y adonde hay mas peligro se atraviesa,  
Renovando el feroz juego de Marte  
Con ira y rabia de una y otra parte.

Derrámase gran grita y vocería  
A este punto por todas las defensas;  
En lugar de jugar la artillería,  
De todas armas llueven nubes densas;  
Y en la nueva batalla que crecía  
Por momentos, crecían las ofensas;  
Entonces una confusion de espadas  
Nació entre picas, petos y celadas.

Reforzando la guerra con la furia  
Con que vienen las lluvias de Occidente,  
Cuando cargados de bañada injuria  
Nacen los cabritillos en Oriente,  
O con la que el furioso Noto injuria  
A las plantas, vertiendo de la frente  
Agua y granizo, y con terrible espanto  
Tira Jupiter rayos entre tanto.

Como lobos rabiosos y inclementes  
Cuando, saliendo de diversas cuevas,  
Dan contra los corderos inocentes,  
Haciendo en ellos las hambrientas pruebas,  
Así nuestros soldados impacientes  
Cobrando á cada paso fuerzas nuevas,  
Dentro en los fuertes movedizos saltan,  
Y con mortal estrago les asaltan.

Dió á la fiel liga el caso desastrado  
El merecido fin de la victoria,  
A los infieles el funesto hado  
Justo castigo con mortal historia;  
El que vivo quedó, desbaratado,  
Acercando al César nueva gloria,  
Huyendo sale por el lago abierto,  
A manos del temor ya casi muerto.

### DIA TERCERO.

Otros de ver los bailes y las danzas  
Que el tierno amante por dar gusto inventa  
A aquella que con verdes esperanzas  
Su corazón mantiene y alimenta,  
A quien da el alma envuelta entre mudanzas,  
El cuerpo al aire con que se sustenta,  
Al firme suelo las ligeras plantas,  
Tristes suspiros á las luces santas.

Otros están mirando desde afuera  
Las fingidas batallas que de Marte  
Representan la guerra verdadera,  
Con las hileras de una y otra parte;  
Y en los campos labrados de madera  
El blanco Rey, que contra el negro parte,  
Acompañado del guerrero gremio  
Por alcanzar el prometido premio.

Y nosotros ¿la vista no alzaremos  
A mirar de los orbes desiguales  
Las maravillas que estampadas vemos  
En contorno con letras inmortales?  
Y en un compuesto ¿no contemplaremos  
Las hazañas divinas y mortales,  
Que obró con artificio soberano  
Del Padre Eterno la invencible mano?

Tú, Señor, que las aguas dividiste,  
A la tierra del peso húmido y vasto  
Librando, en firme asiento la pusiste,  
Para que diese el deseado pasto;  
Tú, que sus faldas de árboles cubriste  
Y de yerba y de flor su vientre casto,  
Haz que de tierra y mar los elementos  
Yo pinte con diversos ornamentos.

La mas soberbia roca, cuya cima  
Esconde entre las nubes la cabeza,  
El alto atlante, que sustenta encima  
De la cerviz la celestial grandeza,  
Antes que Dios la arquitectura prima  
Formado hubiese en circular alteza,  
Tenían las espaldas sumergidas  
En las aguas que no eran divididas.

Mas cuando de su mano omnipotente,  
Como en fendo, el imperio y el gobierno  
Del orbe quiso dar liberalmente  
Al hombre el justo Rey y Padre Eterno,  
Mandó á Neptuno que con su tridente  
Abriendo al Ponto el gran pecho paterno,  
El ancho y sordo lago recogiese  
Y la tierra los hombros descubriese.

De la manera que al teatro ó scena  
El extendido velo en torno gira,  
Y al tiempo que la cierta señal suena,  
Por todas partes se recoge y tira;  
La bella obra de pinturas llena,  
Que atentamente el pueblo alegre mira,  
Muestra columnas, mármoles, retratos,  
Cornijas, bases, varios aparatos;

Así cuando las aguas detenidas  
Obedeciendo á Dios se recogieron,  
Sus incultas cabezas escondidas  
Los collados y montes descubrieron;  
Y las mismas que de antes esparcidas  
Sobre el confuso caos estuvieron,  
Las congregó en su vientre el Oceano,  
Dejando atrás el valle, el cerro, el llano;

Como cuando las fuentes anubladas,  
Humor vertiendo de los grandes senos,  
Inundan las campañas agostadas  
Y los valles de seca yerba llenos;  
Pero después las ondas derramadas,  
Los pasos de espumosa humedad llenos  
Retiran hácia atrás, y en breve lecho  
A sí propias se sorben en su pecho.

Mas si por tantas partes se esparcían  
En el umbroso caos aguas tantas,  
¿Cómo á lo bajo aquellas no movían  
Desde lo alto las ligeras plantas,  
Y al lugar reservado no corrían,  
Que eligieron después por leyes santas,  
Que es natural al húmido elemento  
Descender, y en lo bajo hacer asiento?

Antes que con su mano poderosa  
Dios enfrenase la soberbia fiera  
Del Oceano y rabia impetuosa,  
A esta rueda faltaba la carrera,  
Porque era una laguna perezosa  
Naturalmente la bañada esfera;  
Pero al punto que oyó el Verbo divino,  
Por los campos corriendo abrió camino.

PE-II.

Como en las calles ó extendidos llanos  
Los mozos señalados y desnudos  
Cuando oyen la señal, sueltas las manos,  
Corren con fuerza arrebatada agudos;  
Y levantando con los pies livianos  
Nubes de polvo espesas, sufren mudos  
Un temor en los rostros manifiesto,  
Hasta alcanzar el rico don propuesto;

Privan los soplos del hinchado Noto  
A la region salada del sosiego,  
Y su fingida paz con terremoto  
Truecan en rabia y belicoso juego;  
Con obstinada furia y alboroto  
El negro Ponto de soberbia ciego,  
Sobre los aires sus grandezas mide,  
Y al triste navichuelo el paso impide.

Los afligidos pescadores, viendo  
En las cerradas aguas descubierta  
El simulacro de la muerte horrendo,  
Al vivo día entre tinieblas muerto,  
Llamán á Cristo con mayor estruendo  
Que mueve el mar de tempestad cubierto,  
Para que refrenase su ira brava,  
El cual dormía y vigilante estaba.

Despierta Cristo, y viendo la mudanza  
Del piélago con impetu bramando,  
Le rompe al punto la feroz pujanza,  
De suerte tal con su palabra y mando,  
Que nunca tuvo el Ponto tal bonanza,  
Ni el tiempo se mostró jamás tan blando,  
Ni el céfiro sopló mas suavemente,  
Ni las ondas alzaron mas la frente.

Pues si los montes de humedad preñados,  
Que en alto levantó con saña fiera  
Neptuno, y á los vientos enojados  
Con su palabra Dios quieta y modera,  
Y esgombrando los concavos nublados,  
Del cielo descubrió clara la esfera,  
Tambien hará correr con presto curso  
De las paradas ondas el concurso.

Y así, en diciendo el Rey del firmamento:  
«El agua en los abismos derramada  
Se junte en un lugar», luego al momento  
Obedeció al precepto apresurada;  
Y el bañado y solícito elemento  
A la tierra en sí misma sustentada,  
Con torcido viaje y con revueltas  
En contorno cercó y oblicuas vueltas.

¡Oh desconocimiento conocido  
Del humano linaje, que inclinando  
Los cuerpos insensibles el oído  
Al mandato de Dios su ley guardando,  
El hombre racional, cuyo sentido  
El moto de los cielos alcanzando,  
Penetra lo mas íntimo, sin seso  
La cerviz huye de tan dulce peso!

Sus entrañas abrió piadosamente  
Para dar paso enjuto al pueblo hebreo,  
Sustentando en el aire trasparente  
Las caudalosas venas Eritreo;  
Con que hizo al Jordan de su corriente  
Volver atrás el húmido paseo,  
Y al gran Moisés mostró abierto el camino,  
Que la naturaleza á cerrar vino.

Y cual toro corrido y acosado  
Del irlandés ó del español perro,  
Que herido del uno y otro lado  
De la garrocha con el duro hierro,  
Levantando en el coso alborotado  
En alto la cerviz y áspero cerro,  
Los pasos poco á poco atrás retira,  
Para partir después con mayor ira;

Así cuando el varon fiero en semblante  
Mas que el mar, encendidas las mejillas  
Con su gente pasar quiso adelante,  
Viendo enjutas y abiertas las orillas,  
El retirado Ponto al mismo instante  
Con fuerza caminó, y á las cuadrillas  
Y cruel capitán dió sepulturas  
En sus cavernas concavas y oscuras.

17

Pero Dios, porque fuese mas hermoso  
El bajo mundo y mas rico de dones,  
Hizo que el mar, que con su giro ondoso  
De la tierra humedece los terrones,  
Ya con viaje oblicuo y tortuoso  
Bañase sus confines y cantones,  
Ya en forma de geométricas escuadras,  
De figuras esféricas y cuadradas.

Como del ancho Nilo la profunda  
Corriente en varios cuerpos se reparte,  
Cuando los campos fértiles inunda,  
Que aquí se junta y acullá se parte,  
Allí corre derecho, allá asegunda  
El natural triángulo á otra parte,  
Y revolviendo por los valles, juega  
Fertilizando la agostada vega;

Tal es el lago que desde Occidente  
Humedeciendo viene al Mediodía,  
Por templar el calor del Cancro ardiente,  
Dando vuelta después á la Osa fría;  
Por medio de la tierra al Oriente  
Sus olas de la opuesta parte envía,  
Por cuya media division el hombre  
De mar Mediterraneo le dió nombre.

Deste gran seno las profundas venas  
Que se derraman por la antigua Esperia,  
Primero que á otra tierra las arenas  
Hacia el Siroco bañaron de Iberia;  
La cual porque habitaron sus almenas  
Los celtas, la llamaron Celtiberia,  
Y pasando las aguas adelante,  
Los mallorquines ciñe en el Levante;

A quien liga con grillos de cristales,  
Como en prision la fugitiva onda,  
Porque extendiendo en alto los ramales  
De la torcida y espantosa honda,  
Que al despedir la piedra da señales,  
Temblando de temor, la esfera honda,  
No maten con el golpe duro y cierto  
Todas las aves en el aire incierto.

Tal es el campo liquido y salado  
Que sustenta las tierras de Marsilia,  
Que en Italia Tirreno fué llamado,  
El Siculo, que templo de Sicilia  
El promotorio adusto y abrasado,  
De donde sin correr parte á Panfilia,  
Y extendido por Creta, el gran distrito  
Riega y mitiga del ardiente Egipto.

Con diferentes giros y revueltas  
Saliendo de Helesponto, abre camino  
Contra Aquilon, que con las alas sueltas  
Rompe el grueso bajel de roble ó pino,  
Pero junto á la Grecia dando vueltas  
En el profundo lirico vecino,  
Recogiendo las venas en su pecho,  
Se retira, formando un corto estrecho.

Desta pequeña boca serpeando,  
Sale el abierto Ponto contra Oriente,  
Y aunque tuerce el camino, está mirando  
Siempre al Euro y al Bóreas juntamente;  
Y como por la tierra va arrastrando  
Con viaje torcido la serpiente,  
De tal manera el Oceano infido  
Camina flexuoso y retorcido.

Hacia el rigor del Arctos penetrante,  
Sobre las vastas ondas levantado,  
Después muestra la frente semejante  
Al ariete, el promontorio helado;  
De donde mira el frio navegante  
Los dos mares del piélagos hinchado,  
Que en su vuelta á la cuerda se parece,  
Que las puntas del arco fortalece.

Otros senos tambien este mar tiene,  
Que con secretas y abundantes venas  
Bañando las campañas, las mantiene,  
Propincuas á sus ásperas arenas,  
Y con sus fuerzas el furor detiene  
A las escuadras de soberbia llenas,  
Poniendo freno á su obstinada furia,  
Fundada en ambicion y atroz injuria.

Riegan tambien á la preñada tierra  
El agua mansa y el inquieto rio,  
Que por quiebras inciertas juega y yerra  
Con burlador y bullicioso brio;  
El gran torrente, que de la alta sierra  
Despeñado, quebranta el humor frio,  
Y la veloz carrera va parando,  
Cansado de correr de cuando en cuando.

A la famosa Méfis humedece  
El Nilo, levantando su ribera  
En alto contra el Cancro, cuando crece,  
Y los pasos al Bóreas acelera;  
Las provincias por donde se aparece,  
Jamás vieron humilde su carrera,  
Cuyos grandes principios y cabeza  
A pocos descubrió naturaleza.

Contra Siria con furia arrebatada,  
Del paraíso el suelto Tigris nace,  
Y las piedras con fuerza no domada  
Revolcando en si mismo las deshace,  
A quien llamó saeta acelerada  
Persia, por el veloz curso que hace;  
El cual después, el acerado enojo  
Templa en el ancho lago del mar Rojo.

Con el Tigris Eufates es nacido,  
Rico de joyas de una propia fuente;  
El Araxes con impetu atrevido  
Baja de Armenia contra su corriente;  
En cuyas hondas cuevas sumergido  
Fué de Alejandro el fabricado puente  
De robles duros y de gruesos pinos,  
Traídos de los montes convecinos.

El venturoso Líbano descansa  
Sobre los hombros del Jordan hermoso,  
Que al judío con senda clara y mansa  
Divide del arábigo oloroso,  
Y á do la furia, el mar muriendo, amansa,  
Viene á parar su curso milagroso,  
Por quien el hombre restauró la vida,  
Que por la inobediencia fué perdida.

¡Oh mas que los demás privilegiado,  
Que ante el pueblo de Dios, Jordan, te abriste,  
Y por su fiel amigo declarado,  
Del tierno pecho sabidor le hiciste,  
Al cual en tus orillas congojado,  
Entre las aguas paso enjuto diste;  
Y de los justos Eliseo y Elias  
Dieron entera fe tus ondas frías!

Tú solo mereciste y alcanzaste  
Sanctificado ser, cuando la viva  
Y limpia carne del Señor bañaste,  
Que te dió fuerza regenerativa;  
Tú nuestra mancha original lavaste,  
Con que el alma dejó de ser captiva,  
Cuando en tus brazos el Redemptor mismo  
Ordenó el Sacramento del bautismo.

El Ebro de su nombre señaladas  
Deja las tierras, que soberbio baña,  
El Bétis entre olivas plateadas  
Tiñe las blancas lanas en España,  
Do el Tajo vierte entre olas azotadas  
El oro, que en sus cuevas acompaña,  
Cuyas riberas los caballos pacen,  
Que de las yeguas y el Favonio nacen.

Unas veces, en lagos caudalosos  
Extiende Guadiana el grande lecho,  
Otras, los senos blancos y espaciosos  
Por extremo reduce en corto estrecho,  
Y del todo en sus valles deleitosos,  
Cosa maravillosa, esconde el pecho,  
Después naciendo, por mirar sus prados  
De olorosos matices adornados.

De las cumbres de Soria derivando  
El Duero su veloz curso acelera,  
Varias fuentes y rios tropellando,  
Hasta que acaba su raudal carrera;  
El Miño con voraz boca usurpando  
El color al pimiento y roja cera,  
Bajando de los montes leoneses,  
Los gallegos divide y portugueses.

Todas pues estas fuentes y arroyuelos,  
Ya estén lejos del Ponto, ya vecinos,  
El vaporoso humor que de los cielos  
Vierten las nubes entre torbellinos,  
Los raudales torrentes y los hielos  
Deshechos en los Alpes y Apeninos,  
Siguiendo del Señor el estatuto,  
Llevan al mar el húmido tributo.

Mas, crecer no le hacen una gota,  
Ni los pasos mover mas adelante,  
Aunque las aguas, que la tierra brota,  
Aumentase el invierno cada instante,  
Y de la nieve quebrantada y rota,  
Con el ardor de Febo penetrante,  
Sobre las cimas de los montes frios  
Naciesen cada punto inmensos rios.

Que cuando los espíritus de Eólo  
Las alas con furioso impetu baten,  
Y entristeciendo el rostro al rubio Apolo,  
Con el hinchado piélagos combaten,  
Levantando las olas hasta el polo,  
Que después al profundo infierno abaten,  
Con tan gran tempestad Neptuno apenas  
Cubre de sus riberas las arenas.

Que en si mismo su cólera quebranta,  
En blanda espuma su furor convierte;  
En alto las montañas, que levanta,  
Desde los astros esparcidas vierte;  
Tanto dominio tiene la ley santa,  
Que Dios impuso al Oceano fuerte;  
Pero tambien su indomita braveza  
No contradice á la naturaleza.

Porque los escuadrones voladores  
De Hipotades, el sol resplandeciente,  
Que con suspiros y con resplandores  
Purgan al Ponto la bañada frente,  
Siempre están enjugando los humores,  
Que recogiendo van naturalmente  
De la rociada tierra y aire oscuro,  
Que le ofrecen después por censo y juro.

De la suerte que el hombre, siendo herido  
De calentura en el inquieto lecho,  
Se retira y alarga, y afligido  
Vuelve y revuelve el abrasado pecho;  
Así con parasismos sacudido  
El mar, ya bajo, ya alto, ya deshecho  
En blanca espuma, enerespa la ribera,  
Moviendo siempre la bañada esfera.

Como cuando con soplos arrogantes  
El Bóreas, esgombrando los nublados,  
Lucha con las alturas tremolantes  
De los bosques frondosos y acopados;  
Pero tambien los circuitos errantes  
Hacen que los confines usurpados  
A la arenosa tierra restituya  
Neptuno, y que cobarde della huya.

Y sin errar su movimiento incierto,  
Sigue el oblicuo giro y ordinario  
Del sol, el concertado desconcierto  
De los cielos, en su curso contrario;  
Pero principalmente el error cierto  
Del mas propincuo, mas veloz y vario,  
Y de las ondas la materia fria  
Crece y mengua seis horas cada dia.

Al tiempo que del rostro luminoso  
A descubrir comienza las mejillas  
Cintia á la dura tierra, el globo ondoso  
Con blanca espuma argenta las orillas,  
Y aumentando las fuerzas, victorioso  
Viene con sus embates á cubrillas,  
Hasta que al medio globo la gran diosa  
Sobre su carro sube presurosa.

Si desde el alto asiento despeñada  
Viene á morir al inclinado ocaso,  
El mar de la ribera golpeada  
Poco á poco retira atrás el paso;  
El cual tambien con furia arrebatada  
Vierte las aguas del redondo vaso,  
Y á crecer vuelve cuando á la otra gente  
Muestra la luna altísima la frente.

El claro Tórmes, argentado rio,  
Con su plata las márgenes matiza,  
Y á despecho del hielo y duro frio  
Los castellanos valles fertiliza;  
De sus cristales con el humor frio  
Los ingenios aclara y sutiliza  
En la universidad salamantina,  
De ciencias y de sabios oficina.

El Jerete con impetu se arroja  
De los riscos de Béjar y la vega  
Florida de mi patria después moja,  
Cuya fábrica antigua á besar llega;  
Por donde la veloz carrera alfoja,  
Con que sus huertos y jardines riega,  
Y verlo hinchado en mis versos quisiera  
Tanto, que el mundo su corriente oyera.

Tambien la grande y seca tierra bebe  
Del Oceano inmenso las corrientes,  
Que el mismo por ocultas partes mueve,  
Sorbiéndose de nuevo los torrentes;  
Y sin temor mi pluma no se atreve  
Contar sus maravillas excelentes,  
Que increíbles á muchos son, y tanto,  
Que entre dudas les ponen grave espanto.

Cuando el dorado sol cubriendo el suelo  
Con nueva luz, señala al Mediodía,  
Vence á la nieve y al rigor del hielo  
De Júpiter Amón el agua fria;  
Pero cuando la noche desde el cielo  
Su resplandor oscuro nos envía,  
Y la candida luna resplandece,  
Cual suele al fuego, al punto hierva y ecece.

Si algun pastor, que el tierno pensamiento  
Al blando yugo del amor inclina,  
Esparce el son del rústico instrumento  
Al aire, en las riberas de Eleusina,  
Ella, al compás del amoroso acento,  
Se alegra y bulle, cosa peregrina,  
Y va de punto en punto saltos dando,  
Una y otra cadencia segundando.

Hay en Canarias una dulce fuente  
Que brota sobre el aire, y se levanta  
El natural humor de su corriente,  
De los continuos llantos de una planta;  
Que de los brazos y de la ancha frente  
Está vertiendo en abundancia tanta  
El suave licor, que la sed quita  
De la gente que en entorno della habita.

En el Perú dorado negra brea,  
En lugar de cristal corriente nace,  
Con la cual el cascado bajel brea  
El piloto y de nuevo le rebace;  
Un rio en la Beocia, de la idea  
Al triste que del bebe, borrar hace  
Las efigies pintadas en la tabla,  
Donde callando, la figura habla.

Cierto arroyo en Sicilia fertiliza  
Al impotente, que sus venas prueba,  
Otro, en su competencia, esteriliza  
Al que de fértil complexion dió prueba;  
En Egipto la antorcha muerta atiza  
Hoy un lago, y su oculta luz renueva,  
Y renovada, si después le toca,  
A morir en sus ondas la provoca.

Yo sin duda tan raras experiencias  
Diría que eran fábulas y errores,  
Si con averiguadas apariencias  
No lo afirmaran doctos escritores;  
A los cuales se debe por sus ciencias  
Dar crédito, y efectos no menores  
Vamos cada momento en aguas varias,  
Que no admiran, por ser tan ordinarias.

Como son las corrientes manantiales,  
Nacidas en los llanos y en las cumbres,  
Que corriendo por venas de metales,  
De tépidos azúfres y de alumbres,  
Libran con sus virtudes naturales  
Al enfermo de tristes pesadumbres,  
Envejecido con crueles daños,  
En el abril de sus floridos años.

Pero cuando después hacía el Levante  
De nuestro Oriente la carrera inclina,  
El Ponto, sin pasar mas adelante,  
Con temeroso paso atrás camina;  
Y con humilde y tímido semblante  
Viendo que la bañada ira declina  
De las ondas, con ellas atrás vuelve,  
Y en su mudable pecho las resuelve.

Aunque no todo mar la rabia aumenta  
Por una misma ley ó debilita,  
Cuando su resplandor Cintia acrecienta,  
O de su rostro el sol la lumbre quita;  
Que tres veces la Scila, que se asienta  
Junto á Caribdis, cada día grita,  
Sorbiéndose las ondas, y con ellas  
Otras tantas azota las estrellas.

Hay otros senos, que al profundo suelo  
Dos veces, según muchos han escrito,  
Bajan las aguas, y después al cielo  
Vuelven á alzarlas con terrible grito;  
Mientras el carro del señor de Delo  
Corre por el dorado circuito  
De la esmaltada cinta treinta grados,  
Con los caballos sueltos y enredados.

Acrecentando va las fuerzas fieras  
El Oceano, y los soberbios rios  
Entrando en él, las húmidas carreras  
Vuelven atrás á sus principios frios;  
Y como huyendo, dejan las riberas,  
Recogiendo las riendas de sus bríos:  
Tan grande es el poder que les oprime  
De Neptuno, que inquieto brama y gime.

Y cuanto mas espanta, si se enoja,  
Cuando azotado de contrarios vientos,  
Con proceloso y ciego rencor moja  
De las divinas luces los asientos,  
Tanto es mas agradable cuando alfoja  
De su enojo los impetus violentos,  
Y blanqueando como leche pura,  
Los medrosos confines asegura;

O cuando el fiero grito, con que atruena  
Las playas, en sonido alegre muda,  
Y de la frente placida y serena  
Con manso movimiento espuma suda;  
O cuando retozando en el arena,  
Las márgenes parece que saluda:  
Qué apacible ruido, que suave  
Saltar atrás, al son y compás grave!

El mar es quien los poros apretados  
Fortaleciendo baña de la tierra,  
El que junta los pueblos apartados,  
Y aparta los peligros de la guerra;  
Dando socorro á los necesitados,  
El rigor de los bárbaros destierra,  
Aunque otras veces, cuando se embravece,  
Al hombre entre sus brazos aborrece.

Pero la tierra como mas piadosa  
Jamás desamparó al linaje humano,  
A quien naturaleza poderosa  
Suele negar la defensora mano;  
La retorcida llama, impetuosa  
Nos amenaza con furor insano;  
El aire herido del azote fuerte  
Congela nieves y granizo vierte.

Deste pesado y sólido elemento,  
Con igual intervalo, la grandeza  
Dista del estrellado firmamento,  
Inclinando en el medio su firmeza;  
A quien estable, sobre noble asiento  
Crió el Señor de la naturaleza,  
Y la gran carga de su bulto es nada  
Con el orbe celeste comparada.

Mas, aunque de inquietud el grande peso  
Está libre, y su esfera es densa y dura,  
Es tambien cavernoso el cuerpo grueso,  
Como con fuego y aire hace mixtura;  
Boreas mil veces con cadenas preso,  
Dentro en la cárcel lóbrega y oscura,  
Por salir á los campos deleitosos,  
Causa mil terremotos espantosos.

Aposenta vapores encendidos  
En sus entrañas el preñado suelo,  
Aunque sus fuertes miembros son heridos  
Con el rigor del enojado hielo;  
Pero como adversarios atrevidos,  
Que siempre intentan levantarse al cielo,  
Poniendo fin al porfiado encuentro,  
En alto los exhala de su centro.

Arroja entre una y otra áspera roca,  
Con ira el Mongibel, de azufre ardiente  
Espesas llamas, por la negra boca,  
Como de Flegelonte el gran torrente;  
En el polo con nubes de humo toca,  
Del sol turbando la serena frente,  
Y con bramidos el furioso monte  
Entorno atemoriza á su horizonte.

Las horribles montañas entre tanto  
El gran Tifeo deshacer procura;  
Tiembla la tierra, teme Radamanto  
No se abra de Pluton la cueva oscura,  
Y entrando por la boca, cause espanto  
Del enviado día la luz pura  
A las crueles sombras del infierno  
Y al mismo rey del tenebroso averno.

Cuando del Padre Eterno entre las manos  
El mundo, como niño iba creciendo  
Poco á poco, y los brazos soberanos  
En contorno del gran cuerpo extendiendo,  
Alzó los montes, abajó los llanos  
El sumo Dios, las aguas dividiendo,  
Antes mezcladas en el caos confuso,  
Y en lo mas inferior los valles puso.

Después dijo: «La tierra que eria  
Fué al principio por mis intentos castos,  
Corone la cabeza levantada  
Con varias flores, con suaves pastos;  
Y según la simiente, que encerrada  
Tienen en sus profundos senos vastos  
Los árboles, sus cimas extendidas  
Muestran con dulces frutos guarnecidas.»

Sintiendo pues el doloroso punto  
La gran madre del parto repentino,  
En alegre trocío el rostro defunto,  
Luego que obedeció al Verbo divino;  
Y del cerrado vientre al mismo punto,  
Conmovida á engendrar, abrió camino  
A las verdes escuadras, adornadas  
De frutos cuando apenas son criadas.

Cual la vida que con negro manto  
Toda se cubre, y para mas enojos  
Con los suspiros del continuo llanto  
Saca agua de las nubes de sus ojos;  
Pero olvidada del funesto canto,  
Vistiéndose después ricos despojos,  
Y compuesta de joyas con grande arte,  
Risueña á las segundas bodas parte;

Deste modo la esfera seca y dura,  
Que se mostró con pálidos colores,  
Cubrió el cuerpo después con vestidura  
Recamada de yerbas y de flores;  
Y á trechos esmaltando en la verdura  
Diversas plantas grandes y menores,  
Las madejas pintadas y frondosas  
Rodeó con guirnaldas olorosas.

Y por cumplir de Dios las leyes ciertas,  
Los bosques y las selvas extendieron  
Las cumbres acopadas y cubiertas  
Con verde ornato, de que se vistieron;  
Y de repente en las montañas yertas  
Varias hileras de árboles se vieron,  
Que con primor diversas formas hechos,  
Adornan templos y reales techos.

El alto pino con airoso brio  
En pié se puso y extendió la coma,  
Que varado en el mar hecho navio,  
Resistiendo á las ondas su ira doma;  
Y con el Boreas entra en desafío,  
Cuando mas fiero por el Norte asoma:  
El chopo enderezó su amena alteza,  
Escondiendo en el aire la cabeza.

Haciendo opaca sombra el avellano,  
En ancho los frondosos brazos tiende;  
Las plateadas hojas el manzano,  
Las ramas el espeso fresno extiende;  
El fuerte roble, que del hielo insano  
Y vientos enojados se defiende,  
Hace demostracion con vista fiera  
De la espantosa y tosca cabellera.

El árbol, que las sienas levantadas,  
Segun es fama, coronó de Alcides,  
Muestra de blanco y negro señaladas  
Las hojas respetadas en las lides;  
Y las varas del sauce acomodadas  
Para ligar las amorosas vides,  
Nacen, significando con los brazos  
Los vinculos de Dios y estrechos lazos.

Seguro de las llamas vengadoras  
Y de las nieves del invierno helado,  
Coronas á las sienas vencedoras  
Ofrece el laureo á Ebo consagrado;  
El cedro de las tarmas roedoras  
Exemplo, sobre todos encumbrado,  
Suave olor de la una y otra rama,  
De quien huyen los áspides, derrama.

Las quietas hojas extendió la oliva,  
Con inmortal esmalte matizadas,  
A quien jamás el duro tiempo priva  
Del don hermoso de que son dotadas;  
Ni cuando el Boreas con rigor derriba  
Las cimas de las selvas acopadas,  
Ni cuando aumenta el sol la rabia fiera  
Del Nemeo leon desde su esfera.

Las tristes y funestas guerras doma,  
Y así, cuando hacer paces pretendia  
Con su enemigo la famosa Roma,  
Su blanco y verde ornato le ofrecia,  
Cuya excelencia muestra la paloma  
Cuando llevó á Noé y su compañía  
Desta planta el despojo deseado,  
En señal de que Dios se habia aplacado.

El árbol, que en las manos adornadas  
Del guerrero publica el vencimiento,  
En forma de pirámides y espadas,  
Alzó los brazos sobre el sutil viento,  
Conservando las ramas estimadas  
Sin sucesion cuando de su ornamento  
Priva á los bosques Aquilon airado,  
Y el Cancero de centellas rodeado.

Y mientras tiene mas pesada carga,  
Sobre los fuertes hombros mas estriba  
Contra el peso que en sus espaldas carga,  
Levantándose en arco mas arriba;  
Mostrando al hombre que en la pena amarga  
Y adversidades siempre firme viva,  
Porque no alcanza heroicos parabienes  
Quien huye del trabajo los desdenes.

La caña, que tocada blandamente  
De los vientos, á trechos anudada,  
Con las frondosas cuerdas dulcemente  
Resuena cual la música acordada,  
Luego en naciendo inclina humildemente  
Al suelo la cabeza levantada;  
El cinnamomo viste negra hoja,  
Que cortado, olorosa niebla arroja.

Vertiendo néctar la suave rosa,  
Sin agudas espinas se mostraba,  
Porque su gracia, mas que el alba hermosa,  
Sin engaño en aquel tiempo brotaba;  
Mas ya nace entre zarzas espinosa  
La flor, que al sol su resplandor hurtaba,  
Mostrando que con ásperos cuidados  
Son los humanos gozos molestados.

Alegre el lirio que con su blancura  
Vence á la nieve y transparente hielo,  
En su cuerpo dichoso la figura  
De la copa olorosa mostró al cielo,  
La cual, como del oro la luz pura,  
En lo interior reluce sobre el suelo;  
Las sienas adornó con grana fina  
Luego la vergonzosa clavelina.

Inmortal florecia el amarantho;  
Enarcaba las puntas esparcidas  
De sus opacas lenguas el acanto,  
Que en las cornijas vemos esculpidas;  
De la tierra opulenta sobre el manto  
Descubre las mejillas encendidas  
El florido jacinto, y la viola  
Risueña se mostró, y el amapola.

Pero yo creo que la tierra pia  
En montes, selvas, valles y collados  
Mas rica planta que la vid no cria,  
Con los racimos de oro matizados;  
Que la cumbre del plátano sombría  
Viste en torno, y con lazos enredados  
Ceñido el cuerpo de su amado tiene,  
Que sobre las espaldas la sostiene.

Partamente su dulce humor bebido  
Conforta al hombre mas que otra bebida,  
Fomenta al natural calor perdido,  
Engendra pura sangre, la podrida  
Purifica y aclara, y al herido  
Restaurar hace la salud perdida;  
Al humo, que causar suele tristeza,  
Deslumbra; al débil cuerpo da firmeza.

Convieni el vino á todas las edades:  
Vierte en el tierno niño nutrimento,  
Porque consume las superfluidades,  
Al calor imperfecto dando aumento;  
El viejo, del invierno á las frialdades  
Resiste con su cálido sustento;  
Al robusto mancebo le convino  
Segun su natural el fuerte vino.

¡Dichosa vid, que de un pequeño grano,  
Trepando de los troncos las alturas,  
Tan grandes dones al linaje humano  
Ofreces de los nudos y junturas,  
Que creciendo en el tépido verano,  
Retienen de las uvas no maduras  
El agro, á quien el sol desde la cumbre  
Vuelve dulce, cociendo con su lumbre!

Entre tanto de pámpanos se viste  
La vina fértil, alegrando al suelo,  
Con que á la injuria y al furor resiste  
Del tiempo duro y riguroso hielo;  
Que á veces suele con semblante triste  
Causar en la estacion templada el cielo,  
Y se defiende del ardor terrible  
Que causa la canícula insufrible.

¿Qué cosa hay mas hermosa á nuestros ojos  
Que el ver sobre los árboles colgados  
De las pendientes vides los despojos,  
Con diversos colores matizados?  
Cuyos racimos de rubies rojos  
Y topacios en llamas abrasados,  
Que en alto entre esmeraldas resplandecen,  
Collares de los árboles parecen.

Al fin el pasto que el ganado paca,  
La mas humilde y abatida planta,  
La que con la ambiciosa cima que hace  
En alto sobre el aire se levanta,  
Aquella que de si muerta renace,  
Y cuando la industriosa mano planta,  
Cubrian de la tierra la gran carga,  
Reverdeciendo en abundancia larga.

Ningun desden entonces se temia  
Del cielo ni espantoso torbellino,  
Que el encendido rayo no podia  
Entre nubes bramando abrir camino;  
El aire de los senos no vertia  
El agua ni el granizo repentino  
Contra los frutos tiernos ó crecidos  
De las silvestres ramas suspendidos.

Ya de todos el árbol mas temprano,  
Que á los demás, cual mensajero, avisa  
Que se acerca la fiesta del verano,  
Porque renueven de hojas la camisa;  
Hoy seguro del frio y hielo insano,  
Los dulces dones con alegre risa  
Para nuestro sustento da y engendra,  
Y para la salud la amarga almendra.

La púa dentro de su fuerte muro  
Las hileras formó de los piñones,  
Y porque alguna vez el tiempo duro  
Con ventosas y heladas municiones  
No conquistase al escuadrón seguro,  
Le trincheo por todos los cantones  
De cortezas la gran naturaleza,  
Con que vence del frío la dureza.

Finos granates y jacintos cubre  
En su redondez lisa la granada;  
El castaño la rubia esfera encubre,  
De agudas puntas en contorno armada;  
La olorosa camuesa se descubre  
Entre esmeraldas de oro matizada;  
El membrillo lanudo y restringente  
Muestra madura la florida frente.

La tierra fértil en un breve rato  
Adornada de pastos y de flores,  
De árboles varios con vistoso ornato,  
Risueña se mostró con mas colores  
Que el iris saca con aspecto grato  
Del sol contra los vivos resplandores,  
Cuando rescata de la prisión fría  
Con el arco celeste al triste día.

Muchos se admiran de razón ajenos,  
Cómo la tierra derramó en un punto  
Los nuevos partos de los anchos senos,  
Volviendo alegre su color defunto,  
Y en los campos de varias flores llenos,  
Dieron las plantas fruto al mismo punto,  
Como si en cualquier cosa no se viera  
Mayor milagro, si se considera.

Recibe el césped al menudo grano  
Del rubio pan, que para su provecho  
Sembró del labrador la avara mano,  
Rompiendo á Ceres el piadoso pecho;  
Pero su intento no le sale en vano,  
Que en el sulco del trigo ya deshecho  
Brotó la yerba, y como sutil planta,  
Reverdeciendo en alto se levanta.

Mas luego que á crecer la espiga empieza;  
Para el futuro fruto con grande arte  
Prepara vasos la naturaleza  
Donde forma los granos y reparte,  
Porque del Aquilon ni la aspereza,  
Que con rigor desde el Areturo parte,  
Ni el seco estío ni el bañado invierno  
Les hagan daño en su principio tierno.

Entonces sobre el colmo ya maduro  
Con el fuego que enciende el sol dorado,  
De Dios la providencia un fuerte muro  
Hace en torno de aristas rodeado;  
Para que, como alcazar muy seguro,  
El torreón no sea despojado  
Por las menores aves de la tierra  
De las queridas prendas que en sí encierra.

Mas ¿para qué tan largo tiempo gasto  
En adornar de espigas la campaña,  
De plantas, yerba y de florido pasto  
El campo, el valle, el prado, la montaña,  
Si puede enriquecer el árbol vasto  
Que en Zebut es nacido (cosa extraña)  
Los campos, valles, montes y jardines  
De espigas, yerba, plantas y jazmines?

Si de la sed te aflige el accidente,  
De sus venas tomar puedes el vino;  
Si el vinagre te agrada, el sol ardiente  
Cociéndolo á tu gusto abre camino;  
Si rompes su corteza y dura frente,  
Hilo á hilo sacar puedes el lino;  
Da flores, fruto y pan si se ofreciere,  
En suma es todo lo que el hombre quiere.

Pero Dios, que con sólo el pensamiento  
Rige el sidéreo círculo, extendido  
Como una gran cortina, no contento  
De haber los varios árboles vestido  
De verde y odorífero ornamento,  
Y de frutos también enriquecido,  
Ha puesto medicinas conocidas  
En las plantas pequeñas y crecidas.

El ciervo tan ligero, que corriendo  
Sobre las mieses de oro matizadas,  
En su carrera al céfiro yenciendo,  
No dobla las aristas levantadas;  
Del dictamo las hojas en comiendo,  
De sí arroja las flechas enojadas,  
Que despidió con rigurosa mano  
Del arco doblador el brazo insano.

Ceñida en torno á la garganta humana  
La chicoria, á la espesa niebla esgombra,  
Que de los ojos el cristal apana,  
Y con su oscuridad turba y asombra;  
Como cuando al hermano de Diana  
La tosa nube con opaca sombra  
La luz impide, y al sereno cielo  
Cubre la vista tenebroso velo.

La flor suave que el tomillo ería,  
Y entre panales gran fragancia arroja,  
Con su virtud de la melancolía  
Al afligido corazón despoja;  
El fumoso vapor que Baco envía  
Al cerebro fantástico se afoja,  
Si sus sienas el nuevo azafran tiñe,  
Y en torno á la cabeza inquieta cine.

El oloroso nardo el dolor quita,  
Que impide el don y gracia del oído,  
Y el ménstruo en las mujeres solicita  
Hasta haber el intento conseguido;  
Al grueso humor consume y debilita,  
Que de la articular voz el sonido  
Estorbar suele, por tener cerrados  
Los miembros de la lengua organizados.

¡Oh plantas cuyas ramas saludables,  
No solo muestran su valor secreto,  
En las enfermedades incurables,  
Mas doman á las fieras con su efecto!  
Del infierno á las sombras detestables  
Ponen con su poder en grande aprieto,  
Y á las estrellas fuerzan en su curso,  
Si es verdadero el mágico discurso.

Cuando derramó la eruel serpiente  
Por los sangrientos ojos vivas llamas,  
Si las espinas escabrosas siente  
De agudas zarzas sobre las escamas,  
Hierde á la lengua con el fiero diente,  
Y entre las puntas y espinosas ramas  
Esparce por la boca en humo envuelto  
El ponzoñoso espíritu resuelto.

El escorpión, que luego que el sol pudo  
Mostrar la tierra de su luz vestida,  
Prepara siempre el aguijón agudo,  
Deseoso de hacer la corva herida;  
Y por la cola, de piedad desnudo,  
Vierte ponzoña y cólera encendida,  
Si el acónito acaso toca ó muere,  
Al punto los sentidos todos pierde.

Si devorando por su mala suerte  
La doradilla el jabali cerdoso,  
A lo interior la envía, dando muerte  
A la hambre en asedio riguroso;  
El bazo, que la cólera divierte  
Del hígado sanguíneo y caluroso,  
Y al estómago esfuerzo le está dando,  
Al feroz animal le va faltando.

Por ventura, ¿no son hazañas tantas  
Hechas, mi Dios, por tu divina mano,  
Que de varios efectos varias plantas  
Cubran la selva, el soto, el monte, el llano?  
Y las que fueron por tus leyes santas  
Para el un animal remedio sano,  
Medicina eficaz y saludable,  
¿Para el otro sean daño irreparable?

La cicuta, que al hombre de la vida  
Priva, engendra en los torcidos nutrimento,  
Que con la buena digestión cocida  
Del corazón la llevan al asiento,  
Antes que de la yerba digerida  
Sus espíritus toque el frío sustento;  
Y del hebero el pasto venenoso  
Es á las codornices provechoso.

El buey, manso animal, y conveniente  
Al uso de los carros y la reja  
Del corvo arado, muere de repente  
Si come la toscana cañaheja;  
Del dolor vigilante el accidente,  
Que á nuestro triste corazón aqueja,  
Con las adormideras, de que usamos,  
Muchas veces se aduerme y reposamos.

En suma, ó yo pasee por los prados,  
O por los campos fértiles camine,  
O me suba á los montes y collados,  
O á los profundos valles me avecine,  
O pase por los bosques acopados,  
O por ásperas tierras peregrine,  
Hallo al Eterno Padre en cualquier parte,  
De quien todo deriva y se reparte.

Mas no solo adornada fué la tierra  
De árboles y fructíferas guiraldas,  
Que preciosos metales en sí encierra,  
Ricas joyas esmaltadas en las espaldas;  
El crisólito claro, que destierra  
Las ciegas sombras, se cria en sus faldas,  
Y la asteria, que al fuego con que adorna  
El sol al mundo, de su color torna.

El diamante, que el hombre hoy tanto precia,  
Que con la sangre del cabron se ablanda,  
Y á la rápida llama menos precia,  
Rompiendo al hierro como cera blanda;  
Cuya virtud, tan poderosa y recia,  
En los reinos de amor gobierna y manda,  
Volviendo á la mujer que hizo divorcio  
Mas fácilmente al marital consorcio.

Tambien en brazos de la tierra nace  
La negra acates, que del Ponto fiero  
La temerosa oscuridad deshace  
Y las artes del mágico agorero;  
A los arrebatados rios hace  
Volver atrás á su principio altero  
El jacinto, que cuando Febo empieza  
A anublarse, da muestras de tristeza.

El carbunco encendido, que arrojado  
En las llamas, se apaga ó se marchita,  
Mas con el agua líquida rociado  
Arde al punto y de nuevo resucita;  
El ametisto, que al clavel rosado  
Y á la violeta las colores quita,  
El zafiro, con cuya lumbre bella  
Se oscurece la mas hermosa estrella.

## DIA CUARTO.

Padre del cielo, que del sol hiciste  
La rueda, de inmortal fuego adornada,  
Que á las hijas estrellas curso diste,  
A las errantes, regla concertada;  
Tú, que á la oscura luna esclareciste,  
Del claro Febo con la luz prestada,  
Tu resplandor infunde en mis sentidos  
Para cantar los astros encendidos.

La cinta del Zodiaco, esculpida  
De zafiros, y mas resplandeciente  
Que la plata, mas rubia y encendida  
Que el alba bella al despuntar de Oriente;  
Rica de varias joyas y lucida,  
Tuerce el viaje por la Libia ardiente,  
De donde viene lleno de humedades  
El invierno y de negras tempestades.

Después, cortando al cielo demediado,  
Adonde la florida primavera  
Nace risueña, al Aquilon helado,  
Sin correr, endereza la carrera;  
Desde allí las espigas abrasadas  
Dora el estío, y sube ella á la esfera  
Demediada del cielo, do preside  
El otoño, que igual al tiempo mide.

El rubio oro, con cuyo color pinta  
Sus madejas el sol cuando procura,  
Guiando el carro por la roja cinta,  
Mostrar alegre al mundo su luz pura;  
El hierro, que si vierte sangre tinta,  
La misma sangre, de la fuerza dura  
Con que á los bravos corazones doma,  
Cubriéndolo de orin, venganza toma;

A quien la piedra iman con ciegos lazos  
Atrae á sí con garfios insensibles,  
Con ocultos anzuelos, con abrazos  
Secretos y con redes invisibles,  
Y porfiando con estrechos brazos  
Jamás deja los nudos insufribles,  
Sin los cuales con él está anudada  
Fuertemente sin cuerda ni lazada.

¡Oh venturosa tierra, enriquecida  
Con tantos dones, cuya verde gloria  
Por el bien general, que en ti se anida,  
Suficiente á ilustrar cualquier historia,  
A escribir tus loores me convida,  
Merecedores de inmortal memoria!  
¡Oh reina á quien por tu merecimiento  
Todo el mundo te rinde acatamiento!

Del cielo abierto sobre tí descende  
La divina influencia para ornarte;  
El fuego su remoto ardor extiende  
De tí en contorno para calentarte;  
El aire del veloz viento pretende  
Ser conmovido para refrescarte;  
Y por templarte, con humores fríos  
Te humedecen los mares y los rios.

¡Pluguiera á Dios que cuando como espiga  
A crecer comencé, con su guadana  
La muerte, pues su ira no mitiga,  
Hiciera agosto desta inútil caña,  
O la séptima estrella, tan amiga  
Me fuera al tiempo que sali de España,  
Que á romper con la reja me inclinara  
Los campos, que yo entonces me ayudara!

Pero ¡ay! que el tiempo de mis tiernos años  
En vanas pretensiones he gastado,  
Y el invierno, sin dar fin á mis daños,  
Nevará sobre mi cabeza airado;  
Porque sin acabarse mis engaños,  
De mi edad el estío se ha pasado,  
A quien mató el otoño, que hoy despoja  
La cima que el verano cubrió de hoja.

En esta faja de los cuernos vierte  
El Aries bellas y olorosas flores,  
El Toro la cerviz nudosa y fuerte  
Adorna con nevados resplandores;  
Los dos hermanos, por divina suerte  
De sí esparciendo rayos tembladores,  
Hacen eterna la amistad unida  
Que concordés tuvieron en la vida.

El caluroso Canero nos envía,  
Renovando la fuerza del estío,  
Cada año al tardo y perezoso día,  
Relajando del hombre el vital brio;  
El Leon, con las llamas que en sí cria,  
De las fuentes agota el humor frío,  
Y los pastos y selvas acopadas  
Quema con sus centellas abrasadas.

Muestra la espiga en llamas encendida  
Con maduras aristas la Doncella,  
Que antiguamente con razón tenida  
Por la justicia fué, su deidad bella;  
Cuando en la edad del oro, ya perdida,  
Rigió los siglos venturosos ella,  
Y las leyes civiles publicaba  
Alegre, y con las gentes conversaba.